

## “Apuntes sobre la relación entre crítica y presente”

Florencia Abbate  
CONICET – ILA – UNSAM

Para hablar de las funciones de la crítica y su relación con la literatura actual, quisiera retomar un debate planteado por Marcelo Topuzián en su artículo “Sobre las condiciones para volver a preguntar ¿qué es la literatura?”. Coincido con su diagnóstico de que en los últimos años se ha venido repitiendo que la literatura ha sufrido importantes transformaciones, pero a pesar de ello no parece haberse alcanzado un alto grado esclarecimiento acerca de las características, el rumbo, el valor o siquiera la verdadera existencia de dichas transformaciones. “Fin de la literatura”, “literatura posautónoma”, “abandono de la metáfora”, “posliteratura”, son algunas de las nociones con las cuales se ha aludido a ese fenómeno, pero ninguna de ellas ha estado acompañada de conceptualizaciones de una densidad teórica suficiente para dar cuenta de lo “nuevo”, como tampoco, desde la visión contraria, para demostrar con solidez la vigencia de esa “gran tradición” que estas nociones declaran cosa del pasado.

Topuzián realiza una afirmación fuerte, cito: “La defeción de lo que todavía se conoce como teoría literaria frente a este problema no puede ser más flagrante: hoy se muestra reacia a pensar la contemporaneidad de una literatura que no puede parecerle sino devaluada, respecto de las pretensiones y los alcances de las distintas vanguardias o neovanguardias históricas con las que la disciplina convivió desde su mismo surgimiento”.

Por otro lado, hay que decir que esta actitud de la teoría que Topuzián señala (una cierta actitud de rechazo ante los cambios) es también la que asumen algunos de los más emblemáticos escritores; sorprendentemente, en eso de hablar de la decadencia de la literatura contemporánea y sus prácticas han coincidido autores tan disímiles como Juan José Saer (por ejemplo, en su ensayo “Posmodernos y afines”), el reaccionario Mario Vargas Llosa (por ejemplo, en su libro *La civilización del espectáculo*) y, más recientemente, incluso alguien que siempre había sido considerado un desacralizador de la Literatura con ele mayúscula: César Aira. En una entrevista publicada hace unos días, Aira dice: “La literatura hispanoamericana vive un momento flojo, ya no quedan figuras de primer nivel, como había hasta hace unos veinte o treinta años”. Dice

textualmente: “Ahora hay que buscar entre figuras de segunda línea y este es un fenómeno mundial, porque basta con ver los premios Nobel que se han dado últimamente, que han sido a figuras de segunda o tercera línea”. Y sobre la concesión del Nobel a Bob Dylan, opina que fue algo “bastante disparatado” y “muy injusto con los escritores”. Advierte también que no hay que confundir la industria del libro con la literatura, que es un arte; y sostiene: “Actualmente literatura se hace muy poca”.

En cuanto a Vargas Llosa, quizá sea el máximo ejemplo de lo viejo que resulta ya todo ese discurso. La tesis central de *La civilización del espectáculo* es que la «civilización occidental» está en declive debido a la «cultura del entretenimiento» y al abuso de las nuevas tecnologías, una de cuyas consecuencias sería la pérdida del espíritu crítico y, por ende, la decadencia y arrumbamiento de la “verdadera cultura”, la “literatura de calidad” y, por supuesto, la crítica literaria. Los argumentos de este libro constituyen un refrito desabrido de las producciones de esa tradición que tuvo destacadas exponentes en la crítica inglesa del siglo XIX y principios del XX –con ensayistas como Wilde, Pater, Ruskin, Arnold, y luego T. S. Eliot– y que volvió a despuntar, en otra clave, con la teoría estética de Adorno. Sin brillo ni grandes reformulaciones que puedan hacerse cargo del presente, la remake de Vargas Llosa se apoltrona sin esfuerzo en aquella tradición apocalíptica a la que Umberto Eco se refería ya en su célebre vulgata *Apocalípticos e integrados*, y no ofrece siquiera la pasión o la vehemencia estilística de un George Steiner a la hora de atacar a sus adversarios. El hecho de que esta remake parezca más bien un producto fabricado para convertirse en best seller criticando los best sellers, pone en evidencia algo sintomático; las defensas de la antiguamente llamada Alta cultura resultan cada vez menos incisivas e incluso parece que estuvieran derrapando en su fantasma más temido: la mediocridad. En el campo de la crítica, uno de los que han respondido a los planteos pseudo-apocalípticos de larga tradición es Jean Marie Schaeffer. En su libro *Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar literatura?*, comienza su impugnación señalando que la cultura escrita no gozó nunca de tan buena salud como en la actualidad, aunque sus temas y maneras no se condigan, en cuanto al gusto, con los criterios normativos de los críticos. Schaeffer plantea que lo que estaría decayendo en el siglo XXI no sería la literatura como práctica, que solo estaría transformándose, sino el modelo segregacionista de la Literatura con ele mayúscula, el modelo de la autonomía de lo literario tal como lo concibieron e institucionalizaron los siglos XIX y XX. Los estudios literarios, por su parte, que se gestaron con ese modelo, convirtiéndolo en hegemónico y naturalizándolo en tanto objeto y norma, estarían padeciendo su propia incapacidad para

adaptarse a nuevas condiciones de existencia y hacer el necesario duelo de su “tradición erudita e institucional”. En resumen, la Literatura con ele mayúscula ya habría muerto pero la institución que se fundó sobre ella se resistiría a aceptarlo y, en lugar de pensar cómo transformarse, se mantendría aferrada al fantasma de su difunto objeto.

Todo esto está desarrollado en una excelente crítica de Jerónimo Ledesma al libro de Schaeffer, titulada “La academia en debate” (2013). Según Ledesma, Schaeffer reconoce una doble crisis de nuestros estudios. Crisis de legitimidad: ¿para qué sirven ahora si el objeto con que se gestaron está desapareciendo? Y crisis epistemológica: la caída del objeto Literatura desacredita el valor cognitivo de los estudios literarios, en tanto pone al desnudo el carácter normado y normativo que revestía ese objeto y la función generadora de norma que cumplían los estudios que postulaban su existencia en esos términos.

Explica Ledesma: “Como ejemplo de respuesta errónea al problema, Schaeffer refiere grosso modo las corrientes críticas contemporáneas, que responderían tan sólo a la crisis de legitimidad de la práctica, y para colmo sin resolverla: los estudios coloniales, feministas, de género, culturales, todos enfoques críticos de la postautonomía, que cambian los corpus de análisis, modifican el canon, dejan ver los mecanismos del modelo caduco (la Literatura), pero, acusa Schaeffer, se comportarían también ellos normativamente, imponiendo una norma alternativa. Los enfoques contemporáneos de la crítica padecerían de incapacidad para redefinirse con verdadera lucidez epistemológica, y no serían más que otros programas autorreferenciales, con limitaciones graves de orden cognitivo”. Para Schaeffer, en ambos casos la asignación de valor al objeto sería efecto de una posición ideológica normativista y la descripción del objeto estaría subordinada a criterios axiológicos subjetivos. O sea, el objeto en ambos casos sería una especie de pretexto para alegorizar un sistema de normas y principios ideológicos.

La salida propuesta por Schaeffer implica apoyarse en la distinción entre describir y valorar. Valorar tendría que ver con una de las posibles funciones de la crítica, que sería la normatividad, función ligada a la transmisión de valores y a la reproducción ideológica, mientras que la descripción tendría una función cognitiva y relacional. Sostiene Schaeffer: “No se trata pues de negar la propia legitimidad de la misión social de la enseñanza de los hechos literarios, como ideal cultural deseable, pero es importante no confundir tal misión con el estudio descriptivo de las realidades literarias, de las que ‘la Literatura’ y los diferentes contracánones que se le oponen sólo constituyen uno de sus aspectos”. Schaeffer propone reservar entonces la

cuestión de trasmisión de valores para la enseñanza, y promover por otro lado, en el campo de la investigación, un tipo de enfoque orientado a describir lo que él llama “las realidades literarias”. Como explica Ledesma, para Schaeffer la cuestión sería hacer prevalecer la orientación descriptiva, incorporando a los estudios literarios una dimensión “metahermenéutica” por la cual también los mecanismos de producción de valor sean considerados parte del objeto de estudio: “Piensa fundamentalmente en una historiografía de la literatura que medite sobre los mecanismos de construcción de esa misma historia, que estudie, por ejemplo, la dinámica de construcción de los ‘cánones literarios’, los ‘filtros de selección’ de aquello que se reconoce en determinado momento como literatura, atendiendo a lo que queda excluido”. Lo que replica Ledesma es que lo propone Schaeffer, como sabemos, actualmente se practica, aunque quizá muchos menos por la crítica francesa (de la que proviene Schaeffer y que ha sido predominante en la carrera de Letras de la UBA) que, por ejemplo, por la anglosajona. Ledesma le objeta también que la separación entre lo descriptivo y lo normativo es de tipo ideal. Y por último toma distancia de la propuesta de Schaeffer, preguntándose si vale la pena defender una crítica sin axiología, y si no significaría esto una renuncia (a su juicio, indeseable) a la función crítica de la crítica?

Ledesma reivindica el hecho de que en la Argentina se le atribuya valor –en el contexto de producción de su reseña, el año 2013– a la producción de conocimiento crítico acerca de la cultura, la sociedad y la ideología; y la pregunta central de su artículo atañe a lo que llama “la dimensión política”. Se trata de la pregunta, no sólo por el cómo y el porqué, sino por el “para qué” de la crítica: “¿Qué es, para qué sirve, cómo contribuye a la vida de un pueblo, o mejor, a la vida de este pueblo, el estudio de eso llamado literatura en instituciones académicas?”, se pregunta.

Decidí comentar dicho artículo porque el título de este simposio se refiere justamente a las *funciones* de la crítica, al para qué, y también porque el mérito de la lectura de Ledesma es que traslada este problema teórico a nivel mundial a nuestro contexto y lo plantea en términos locales, sugiriendo pensar estas inquietudes en relación a nuestro propio trabajo, y en este sentido cabe destacar que nuestro contexto hoy, al menos en cuanto al rol del Estado y la valoración de las funciones críticas, ya no es el mismo en el que él escribió esa reseña.

La importancia y la vigencia de la pregunta por el para qué estaría vinculado, a mi modo de ver, con el hecho de que el objetivo de constituir (o de reformular) al objeto de los estudios literarios de una manera o de otra, en buena medida debería depender de cuál sea la respuesta a

esa pregunta. El gesto de Ludmer en su *libro Aquí América Latina* me parece celebrable en tanto apuntaba a superar la posición reactiva de la crítica en relación al presente y abocarse a pensar las transformaciones de un modo más abierto y desprejuiciado. Sin embargo, siempre me pareció extraño que, de los autores analizados en ese libro donde postula el concepto “literaturas posautónomas”, el que más recuerdo es el análisis de Horacio Castellanos Moya, cuya obra es más bien una muestra, no de “literaturas posautónomas” sino de la literatura concebida según lo que Topuzián ha llamado “el paradigma de la distinción maestra para pensar la literatura”, el paradigma estético que, justamente, la contemporaneidad vendría a poner en crisis. En este sentido, me parece llamativo que la postulación de la posautonomía no venga acompañada por el deseo de arriesgarse a demostrar precisamente el interés de tales producciones llamadas posautónomas, es decir aquellas concebidas bajo la órbita de ese nuevo imaginario de lo literario que ya no sería el de la “distinción maestra”. Una tarea a la que sí, me parece, se ha arriesgado Tamara Kamenszain en su ensayo *Una intimidad inofensiva. Los que escriben con lo que hay*. A diferencia de Ludmer, que a la hora de abordar del análisis específico no parece realmente interesada por indagar con atención los libros que se publican bajo esa lógica que ella plantea como nueva, el libro de Kamenszain se deja efectivamente seducir por propuestas frente a las cuales la crítica más tradicional se muestra reacia o prejuiciosa.

Por otra parte, al plantear este problema teórico en términos locales, no podemos soslayar las implicancias institucionales de discutir la vigencia o no de la tradición en la cual nos hemos formado como críticos la mayoría de los egresados de la carrera de Letras de la UBA, esa tradición que grosso modo podríamos llamar “el formalismo” y todos sus derivados. Al mismo tiempo, sería necesario precisar el diagnóstico con mayor rigor: ¿Lo que se viene afirmando es que las herramientas del formalismo y sus derivados resultarían ineficaces o insuficientes para analizar los textos que se producen actualmente en el campo de la literatura (o de ese campo al que, por el momento, a pesar de los diagnósticos, se le sigue llamando así)? O estamos diciendo, en la línea que creo que propone Topuzián, que lo más interesante que está sucediendo en cuanto a los imaginarios de la literatura habría que buscarlo más allá de lo textual?

En cuanto a lo primero, cuesta encontrar trabajos que demuestren con solidez dicha hipótesis: ¿Cuáles serían las resistencias que los textos de hoy le ofrecen al formalismo y sus derivados? ¿Y cuáles son concretamente los textos –entre la diversidad enorme y nunca antes vista de lo que se publica en los tiempos actuales– a los que se están refiriendo quienes sostienen esto? Por ejemplo: ¿Qué tendría de novedoso eso a lo que últimamente se le llamaba Literaturas

del yo? ¿Acaso no ha existido siempre ese recurso en la literatura? ¿Por qué esos textos no podrían ser analizados como textos autónomos? ¿Qué es lo que supuestamente tornaría ineficaz el *close reading* para leer e interpretar la literatura actual? ¿O se trata de otra cosa? Para decirlo en términos muy locales y coloquiales: ¿El problema es la autonomía de la literatura o la autonomía de “Puan” y las instituciones académicas? ¿Hasta qué punto ocurre que mucho de lo que la crítica produce va quedando cada vez más desconectado de la sensibilidad de quienes leen y escriben literatura hoy, de sus intereses y sus prácticas? ¿No hay algo de esa eventual desconexión que produce malestar? La pregunta por el para qué restituye este tipo de autocuestionamientos que son necesarios, como interrogarse por el sentido y la llegada de nuestra producción crítica y su capacidad o no de interpelar más allá de la academia, e incluso dentro de ésta.

Retomo entonces la propuesta de remitirse a los interrogantes que deja planteados Topuzián en su artículo. Sostiene, por ejemplo: “La literatura sigue generando imaginación a su alrededor, sobre todo si se entiende esa imaginación ya no sólo como inventiva ficcional o narrativa de los escritores, como simple creatividad de los artistas o bien como renovación del lenguaje, sino más bien como poder de aglutinar experiencias, prácticas y operaciones en una consistencia figural propia; o sea, como nuevas maneras de producir especificidad en otros niveles”. Y afirma también: “Las (auto) representaciones del escritor y de su práctica, la mayor parte de las veces simplemente asumidas sobre la base de residuos bastante antiguos del imaginario colectivo en torno de lo literario, deben tomarse, si ya no exclusivamente como posicionamientos en un campo específico, el de lo literario, sí al menos como una reivindicación de la posibilidad de imaginarse la literatura”.

Un fenómeno literario-cultural muy evidente, y que a menudo es objeto de críticas que llamaré “reactivas”, es por ejemplo la autopromoción autoral en las redes. La crítica que sólo se limita a lamentar el narcisismo de estas nuevas prácticas se resigna a no abordar a la complejidad de los fenómenos del presente, a la par que invisibiliza el interés de la contemporaneidad, que siempre existe. ¿O acaso eran menos narcisistas aquellos escritores que salían en los suplementos de papel con caras de serios y profundos y escribían novelas sobre escritores, que estos otros que cuentan en las redes, por ejemplo, que limpian piletas, y publican un libro sobre eso? Quizá la diferencia sea simplemente que cada quien pertenece a la época en que la que le toca vivir y formarse. La crítica al narcisismo es sin duda superficial. Es evidente que tal autopromoción se percibe como una práctica necesaria para dar a conocer la existencia de un libro ante lo desmesurado y lo diversificado de la oferta (como dije, una abundancia de ficción argentina

publicada, una abundancia nunca antes vista puesto que era mucho más difícil publicar), al mismo tiempo que como algo vinculado a los lugares de encuentro e intercambio con lxs lectores imaginarios –o “implícitos”, como solíamos llamarlo en la teoría– y como nuevos sitios de construcción de las figuras de escritora o escritor. La circulación en las redes es también correlativa y propulsora de una creciente desacralización del imaginario del “escritor” del siglo XX (que ya no se enuncia tampoco de ese modo, como un universal en masculino, sino en todo caso como “lxs escritorxs”). Y en este imaginario del siglo XXI predomina el experimentar a la literatura como parte de la cultura que la contiene, de la época que la forja y la excede y que también ella construye e inventa a través de la producción de lenguajes e imágenes en la escritura. Otra de las críticas reactivas suele ser la “falta” de polémicas literarias, que las figuras autorales ya no se construyan a través de la confrontación pública con las apuestas estéticas de colegas, que no se polemice demasiado al interior del campo literario ni se armen camarillas opuestas en base a dicotomías (derivadas de tradiciones tales como realistas vs. fantásticos, comprometidos vs. esteticistas, cultores de los géneros y detractores de lo codificado, odiadores del mercado y comerciales etcétera etcétera). Mientras tanto, nuevos fenómenos muestran otras “posibilidades de imaginarse de la literatura”, conectando a las prácticas literarias con otras esferas de la vida, de la sociedad e incluso de la política. Por ejemplo, la intensa intervención de una cantidad inusitada de escritoras agrupadas para militar la aprobación de la Ley por el Aborto Seguro Legal y Gratuito, muy disímiles en cuanto a sus perfiles como escritoras, y sin embargo desprejuiciadamente unidas y articulándose con otro tipo de organizaciones, como la Campaña por el aborto legal, segura y gratuito, para intervenir en numerosos actos en los espacios públicos con lecturas literarias, recuperando escritoras argentinas de siglos anteriores y haciendo de la literatura una voz que resuena y opera en las problemáticas del presente. Nunca antes, tampoco, hubo tantos ciclos de lectura dedicados a la narrativa. Un fenómeno vital de intercambio entre pares que hace una década o dos sólo se daba en la poesía –probablemente el ambiente literario más vital y generoso– hoy también es una práctica intensa y felizmente cultivada por narradoras y narradores.

Diversos fenómenos extratextuales llevan implícita una concepción más abierta de la literatura que también podría rastrearse en los textos contemporáneos y sus representaciones. Las prácticas literarias están hoy mucho más relacionadas con el presente que las prácticas de la crítica, donde parece mantenerse una tendencia más endogámica y auto-referencial. El presente de la literatura no puede ser abordado con una crítica vetusta y superficial a los profundos



cambios subjetivos y sociales producidos por las tecnologías y los medios de comunicación virtuales, como tampoco sin analizar las transformaciones del mercado del libro y de la cultura en general, ni desestimando las dimensiones políticas de las prácticas editoriales literarias y editoriales. Paradójicamente, en estas formas de entregarse al presente –y no a lo reactivo– podría incluso de algún modo reverberar el legado de uno de los principios centrales de lo que fueron las extinguidas vanguardias del siglo XX: El arte no es en esencia una producción de eternidad, la creación de una obra cuyo juez será el futuro, sino un presente puro, al decir de Badiou: “No hay posteridad sino un combate artístico contra la esclerosis y la muerte, aquí y ahora, y la victoria es imperiosa”.

### **Bibliografía:**

- Aira, César (2018), “La literatura hispanoamericana vive un momento flojo, ya no quedan figuras de primer nivel”, Infobae, Buenos Aires, 29 de abril de 2018. [<https://www.infobae.com/america/cultura-america/2018/04/29/cesar-aira-la-literatura-hispanoamericana-vive-un-momento-flojo-ya-no-quedan-figuras-de-primer-nivel/>]
- Badiou, Alan (2005), *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Ledesma, Jerónimo (2013), “La academia literaria en debate. Reseña sobre Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar literatura? de Jean-Marie Schaeffer”, *Exlibris*. Revista del Departamento de Letras, Nro. 2, Buenos Aires, pp. 244-254.
- Kamenszain Tamara (2016), *La intimidad inofensiva. Los que escriben con lo que hay*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Ludmer, Josefina (2010), *Aquí América Latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Topuzian, Marcelo (2012), “Sobre las condiciones para volver a preguntar ‘¿qué es la literatura?’” en Actas del IV Congreso Internacional de Letras, “Transformaciones Culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística en el Bicentenario”, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pp. 1528-1535.



Simposio de Investigación del ILH: “LA NUEVA NARRATIVA ARGENTINA Y LAS FUNCIONES DE LA CRÍTICA”.  
Lunes 14 de mayo de 2018, Sala Ángel Rama, Instituto de Literatura Hispanoamericana-UBA.